

POSTCOLONIALISMO, EMIGRACIÓN Y ALTERIDAD

DE GABRIEL BELLO REGUERA



Postcolonialismo, Emigración y Alteridad
Gabriel Bello Reguera. Editorial Comares. 2007.

Empezaré diciendo que estamos ante uno de los libros más interesantes de los publicados en los últimos años. Un libro que nos sitúa de lleno en los problemas centrales de la actualidad mundial.

El libro se articula en cinco capítulos y, como dice el autor en la introducción, se puede leer de dos maneras: como un conjunto de ensayos con valor independiente o como una reflexión unitaria en la que los distintos ensayos se inscriben en un proyecto único. Esta segunda posibilidad me parece más sugerente para tomar conciencia de una red de cuestiones que, tomadas en relación, constituyen un veredicto importante sobre los problemas de nuestro tiempo. El núcleo temático de este trabajo aborda el tema de la emigración desde una perspectiva moral. Se posiciona en el análisis del contexto histórico contemporáneo, tomando el postcolonialismo y el neorracismo como horizonte y la teoría de la alteridad como fundamento teórico.

La postura del autor representa un compromiso con una nueva concepción de la ética que podría denominarse “ética de la no-apropiación y de la hospitalidad”, frente a la ética tradicional de la filosofía occidental que podríamos denominar “ética de la apropiación y la exclusión”.

El texto parte de una reflexión sobre la memoria postcolonialista, imprescindible para comprender los problemas fundamentales del siglo XX y del momento actual:



Gabriel Bello y Federico Aguilera Klink

los genocidios y la violencia ilimitada. Hechos terribles que, según el autor, son analizados habitualmente con una doble vara de medir dependiendo de quienes sean los autores de los hechos. La violencia se presenta como justificable y necesaria, cuando es ejercida por los occidentales y poderosos, y como violencia en estado puro, ilegítima y maligna, cuando la realizan “los otros”.

Por esto, la narración del mal se convierte en un problema moral. El paradigma narrativo debe descansar más en el juicio moral que en la objetividad, que es imposible. La memoria se convierte en un deber deontológico y teleológico. En relación con este problema se produce un enfrentamiento con la posición teórica de Finkelkraut, quien centra el deber moral para el “otro” en los judíos alemanes del holocausto, a los que constituye en representantes de la humanidad, en arquetipo que representa a toda la humanidad. El dilema que presenta Bello, al respecto, es que un hecho singular se generaliza hasta constituir la representación de la humanidad normativa. Lo que critica es

tomar la parte por el todo: la judería europea como la historia sagrada de la humanidad. La apropiación de *todo* el valor moral de la humanidad.

Respecto al caso palestino critica la confusión que se produce entre la política del gobierno israelí y el pueblo judío en su totalidad. Criticar al gobierno israelí no significa ser antisemita. Las relaciones del sionismo con el colonialismo, primero inglés y después norteamericano, son evidentes. Palestina ha pasado de sufrir el colonialismo inglés a sufrir el colonialismo israelí. Respecto a este conflicto Bello opina que se identifica a Oriente medio con el *mal* y con ese prejuicio se justifican las guerras neo-imperialistas y neocolonialistas. Se organiza así la cuarta guerra mundial contra el terrorismo islámico. Se da una imagen deformada del Islam como si, el origen y la esencia del Islam, fuera violenta.

Otro tema de gran interés que plantea el texto es la relación entre la emigración, el multiculturalismo y el neorracismo. La categoría de alteridad de Levinas, que surge como reacción al racismo antisemita de los nazis, es ampliada hasta convertirse en una crítica a la filosofía europea desde su constitución griega. También denuncia la manipulación mediática que convierte los movimientos migratorios en “trombas”, “invasiones”, etc., para sugerir en el lector la impresión de catástrofe asociada a la inmigración. En este sentido hace una crítica a la visión de Sartori respecto a la necesidad de frenar la avalancha

de inmigrantes, especialmente islámicos. Así como a su visión negativa del multiculturalismo. Esta postura de Sartori es calificada de neorracismo. Por otra parte, Bello valora positivamente la postura de Taylor en su teoría del reconocimiento en la que denuncia la discriminación cultural del colonialismo y del imperialismo. Según Gabriel Bello, el quid de la cuestión está en la consideración histórica y teórica del antirracismo, para evitar que quede reducido a un antirracismo biologicista, que puede reducir la política de la alteridad al “otro muerto”, siempre que sea de nuestro bando. Que pueda servir, incluso de coartada, para un neorracismo respecto a los inmigrantes. El neorracismo es un fenómeno típico de la globalización que se apoya en un neocolonialismo. La situación de discriminación radical ante el otro sólo puede solventarse con un diálogo intercultural que transforme la sociedad de cerrada en abierta. Sería necesario reconstruir el significado del término “diferencia”, que es el sustantivo clave para hablar de culturas.

Otro término sobre el que se debate y del que denuncia su doble rasero, es el término “tolerancia”, con el que se justifica la violencia imperialista democrática frente a la barbarie fundamentalista. La trampa está en “la complicidad histórica de la tolerancia con la violencia imperialista y su barbarie”¹. Esa complicidad es fruto de la historia de complicidades con el colonialismo y el neocolonialismo, que mantienen una actitud democrática en el interior

y una actitud violenta e imperialista en el exterior. Surgiendo, de este modo, la distinción entre violencia legítima (imperialista) y violencia ilegítima (terrorismo islámico). Llegado a este punto Gabriel Bello se plantea el siguiente dilema: “Si la tolerancia es una panacea liberal contra la barbarie terrorista o más bien cómplice de ella en su variante imperialista”². Según su opinión, la violencia imperialista y la violencia terrorista constituyen la misma forma de dar salida a la experiencia de la alteridad, demonizando al otro. Por eso, una alternativa a esa situación es la ética de la alteridad que cuenta con el rostro del “otro” como sujeto singular. El espacio identitario se descoloca ante la presencia vulnerable del otro.

La construcción de una identidad satisfactoria y valiosa necesita del reconocimiento, sin el cual la identidad es humillada. La comprensión del tema de la identidad es inseparable del tema de la causalidad semiótica. Es decir, de la forma de significar, de construir e intercambiar signos que son el origen de todos los significados: biológicos, metafísicos, espirituales, etc. Para que el reconocimiento sea efectivo es necesario que exista simetría entre los interlocutores: entre el sujeto activo y el pasivo para que puedan intercambiar sus roles en el diálogo. El que tiene la capacidad de performar (el que tiene la palabra) se auto-constituye como sujeto superior y constituye al otro como inferior. Por tanto, la desigualdad performativa se traduce en desigualdad po-

lítica. El reconocimiento necesita de la acción de escuchar e intercambiar los papeles de hablante y oyente. Según el autor cuando aplicamos estas reflexiones al problema de los emigrantes se nos plantean algunas preguntas como: ¿Quién les escucha cuando están detenidos/concentrados en centros de internamiento? ¿Alguien les da la oportunidad de hablar de si mismos? En definitiva, la identidad no es algo dado sino que se construye a través de una actividad semiótica y esa actividad debe ser multicultural y multilingüística.

En el último capítulo, Bello plantea la teoría de la ética de la apropiación, como núcleo de la filosofía occidental. Esta filosofía se apoya en la teoría del sujeto que se entiende como un “yo pienso”, es decir, un “yo puedo”. Se trata, en definitiva, de una relación de dominio. Según el autor la propuesta de Levinas consiste en invertir los términos: cambiar el principio de apropiación por el principio de donación. Es una ética de la hospitalidad que es contraria al individualismo posesivo. No se apoya en la ontología sino que el fundamento lo constituyen las relaciones sociales, es decir, es ético o ético-político. Se trata de una ética de la responsabilidad, de acogida y de hospitalidad para con el “otro”. Es un paradigma utópico alternativo al individualismo posesivo de la época moderna. Su poder consiste en interpelar al “yo” pidiéndole justicia. El “yo” tiene todo el poder sobre él, incluso el de matarlo.

Esta ética de la hospitalidad es particularmente oportuna en este momento histórico en el que al genocidio, la segregación y la discriminación, se une la expulsión del “otro” etiquetado como ilegal, es decir, a los inmigrantes. En definitiva, a la ética de individualismo posesivo se enfrenta la ética de la alteridad y de la donación. El sujeto ético se constituye como sujeto de responsabilidad para con el “otro” que interpela desde su vulnerabilidad. Se trata de sustituir la noción de derechos humanos por la de deberes para con los “otros”.

Estamos ante un texto valiente y comprometido tanto desde la perspectiva filosófica como desde la ética. Un libro que pone el dedo en la llaga de los problemas importantes de nuestro mundo. Un libro, desde mi humilde opinión, imprescindible para entender en qué mundo estamos viviendo y tomar partido por cualquiera de las opciones posibles.

NOTAS

¹ G. Bello, *Postcolonialismo, emigración y alteridad*, Granada, 2007. P. 95.

² O.c. P. 103.